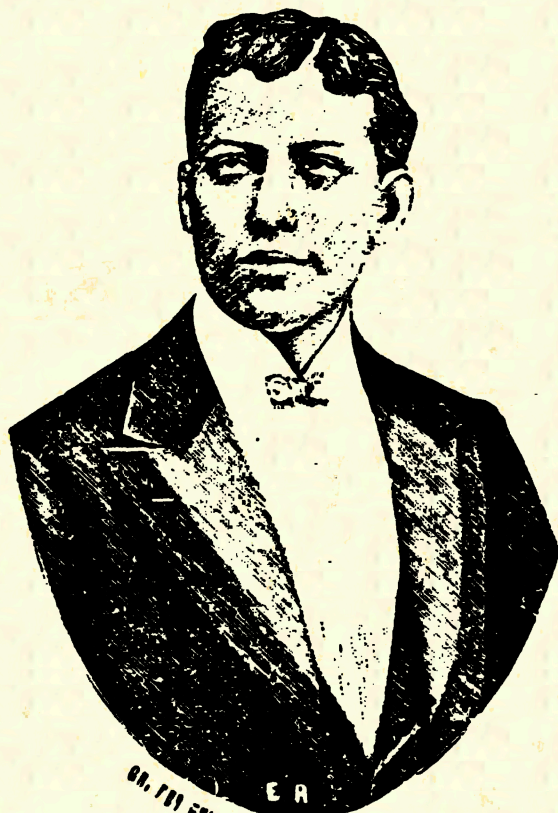


INAUGURACION SOLEMNE
DE LA
ESCUELA DE SASTRERIA

FUNDADA POR SU PROFESOR

MANUEL CHIRIBOGA ALVEAR

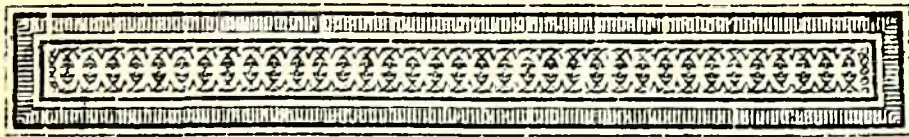
EN 15 DE AGOSTO DE 1897



GR. P. EX. IIA. RIBADENEIRA.

QUITO—1897

Imprenta de Espejo



CRONICA

DE LA

INAUGURACION DE LA ESCUELA DE SASTRERIA

QUAN grato es para el jadeante peregrino, después de haber atravesado áridos desiertos, sembrado de punzadoras espinas, la dulce y protectora sombra de un oasis. Allí, bajo sus frondosas palmeras que no dejan pasar del sol los caliginosos rayos, apura satisfecho el agua pura del arroyuelo que con sus murmullos alegra á los cansados caminantes; allí, sus brisas refrescan su abrasada frente; allí, entre el harpado trino de mil canoras aves, tranquilo se

duerme y sueña en su hogar ausente; así también es dulce y placentero reposar un instante en los centros de las ciencias y las artes, frescos oasis en los desiertos de la vida.

Manuel Chiriboga Alvear, es el tipo del verdadero filántropo, del patriota desinteresado y de buena fe. Con cuanto afán ha consagrado su existencia á levantar del marasmo en que yace sepultada la clase obrera, infelices desheredados de la fortuna, á quién nuestros mandatarios miranla, si no con desdén, al menos con marcada indiferencia.

Ayer no más con ardoroso entusiasmo fundó la simpática sociedad, "Juan León Mera" cuyos socios salieron del humilde taller del artesano para trocar por un momento la tosca sierra y el pesado martillo, por la dulce lira y la bien cortada pluma. Hoy, invitados galantemente por el Sr. Chiriboga, concurrimos al salón de actos de la Universidad Central, en el cual se inauguraba solemnemente la *Escuela de Sastrería*,

como también el aparato llamado “El Medidor Rápido”, inventado por el mismo señor. El salón hallábase espléndidamente adornado; en él encontrábase lo más florido de la Sociedad: distinguidos caballeros, ilustres literatos, altos personajes de Gobierno. Después de pocos momentos dejóse oír nuestro grandioso Himno Nacional; en seguida ocupó la tribuna el Sr. Chiriboga Alvear y leyó un bien cordinado discurso; en él campeaban el sentimiento y la bien cortada frase; luego dejó oír su voz el inspirado poeta y donoso prosador, D. Quintiliano Sánchez; como también, el inteligente joven Antonio Alomía Ll. y el estudioso joven Vicepresidente de la Sociedad “Juan León Mera”, Carlos Eduardo Moncayo. En seguida el Sr. Ministro de Instrucción Pública, Sr. Dr. D. Belisario Albán Mestanza tomó la palabra y agradeció y enalteció, como era debido, al Sr. Manuel Chiriboga Alvear.

Cuánto bien no merecen de la Patria aquellos virtuosos ciudadanos, como

el Sr. Chiriboga Alvear, que olvidándose de sí mismos se entregan del todo en todo á enaltecer, servir y proteger á sus semejantes. Sus nombres no serán arrebatados, como aristas secas por el viento del olvido, como lo son los de los fatuos.

Enorme es la gratitud que la Patria tiene para con el Sr. Chiriboga Alvear; él está elaborando el porvenir de la clase más noble de las sociedades, la clase trabajadora, del, hoy, humillado artesano; él trata de hacerle conocer sus más nobles derechos, como sus más sagradas obligaciones; quizá de este modo, el pueblo tan á menudo invocado, no se deje conculcar y servir de peldaño para bastardas ambiciones.

¡ Adelante, Sr. Chiriboga ! Nadie más que Ud. puede exclamar orgulloso y lleno de gloria :

“Plebeyo soy ! Los descarnados brazos
De una débil mujer fueron mi cuna
Y el techo de mi alcoba hecho pedazos
Pasar dejaba el rayo de la luna”.

M. A. C. S.

Quito, Agosto 16 de 1897.

INVITACION

Señor:

Interesado por el engrandecimiento de la Patria, el progreso y adelanto de mi profesión, he resuelto inaugurar solemnemente

LA ESCUELA DE SASTRERIA

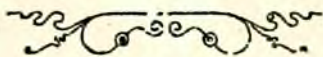
que por primera vez se implanta en nuestro país, de una manera adecuada á las necesidades que este arte exige. Honroso me es, por lo mismo, invitar á Ud., que tanto anhela por el bien nacional, á la instalación que tendrá lugar en el Salón de actos de la Universidad Central, el 15 del mes en curso, á la una de la tarde.

La Patria agradecerá á Ud. por el valioso contingente de su persona, dando así, el valor merecido á un acto que puede servir de estímulo á la clase obrera.

El adjunto Programa impondrá á Ud. del interés que han tomado los verdaderos patriotas, estimulándonos en ese día con sus hermosas producciones.

Quilo, 13 de Agosto de 1897.

Manuel Chiriboga Alvear.



PROGRAMA

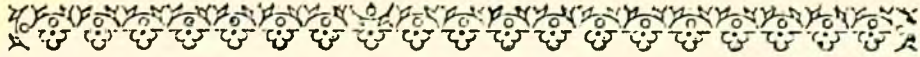
DE INAUGURACION DE LA ESCUELA DE SASTRERIA



- 1º Himno Nacional por la Orquesta.
- 2º Discurso de Inauguración pronunciado por el fundador de dicho plantel.
- 3º Ouverture: Die schöne Galathé von F. V. Suppé.
- 4º Discurso de contestación leído por el Señor QUINTILIANO SÁNCHEZ, miembro de la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española.
- 5º "Una violeta al trabajo" — Vals por REINALDO SUÁREZ C., dedicado al Señor MANUEL CHIRIBOGA ALVEAR.
- 6º Discurso por el Señor CARLOS E. MONCAYO, en representación de la Sociedad "Juan León Mera".
- 7º Ouverture — Ungarische Lustpiel von Kélér Bela.
- 8º Composición en verso por el Señor ANTONIO ALOMÍA LLORI.
- 9º Música.

NOTA. — La presente invitación servirá de tarjeta de entrada.





DISCURSO DE INAUGURACION

DE LAS CLASES DE SASTRERÍA, PRONUNCIADO
POR SU PROFESOR



SEÑORES: Por vez primera ocupó un puesto á que no soy acreedor. Sin embargo, el sagrado objeto que me he propuesto, me ha sugerido el que me tome la libertad de dirigir la palabra á tan ilustrado como sensato auditorio, que se presenta majestuoso ante mi vista. Galas oratorias no encontraréis en mí; tan sólo vais á escuchar los balbucientes acentos de un humilde artesano, con los cuales sabemos comunicar nuestros sentimientos en los salones del taller. Confío, pues, en que vuestra indulgencia, sabrá concederme la gracia de disimular la pequeñez de mi elocuencia é ilustración, y os hablo desde este recinto del trabajo y la abnegación.

Bien comprendéis, Señores, que un artesano, hijo del pueblo, carece de dotes suficientes para poder satisfacer las esperanzas de tan ilustre concurrencia,

y que, en ocasiones como la presente, habría bastante materia para poner en alto un talento claro y una perfecta y vasta ilustración, pero mi insuficiencia me salvará.

No vengo, Señores, ni me atreveré á matizar mi asunto con bellos colores, cual pudieran hacerlo los poetas y eminentes literatos. Vengo tan sólo animado del más ardiente y vivo entusiasmo por el verdadero progreso de la profesión mía, y muy en especial por el engrandecimiento de mi querida y amada Patria, digna de mejor suerte por varios títulos: joven en la historia de las naciones, pero envejecida ya por el maléfico poder de la ambición y el despotismo, no ha podido levantar su vuelo hacia las altas y variadas regiones del verdadero y bien entendido progreso.

Mi pobre corazón y mi oscura inteligencia sólo se limitan á borrar, como en bosquejo, un solo punto, cual será, el Propio Esfuerzo.

García Moreno, ese hombre iniciador del progreso, esa figura gigantesca, echó una mirada generosa y de compasión sobre la infeliz clase obrera, hasta entonces olvidada y menospreciada casi por todos. Este Gran Hombre hizo venir de ese viejo y civilizador mundo de Europa, artesanos inteligentes y científicos, para que trasmitiesen, sin egoísmo y con afán, sus más profundos conocimientos á los hijos de este nuestro suelo natal. Grandes frutos se preparaba á cosechar, y los cosechó. Mas, á decir verdad, tan sólo agraciados han sido los que la sociedad y la ley llama legítimos; ellos han gozado de este privilegio; no aquellos que no hemos nacido al amparo de esta dulce y envidiable felicidad; no aquellos que en nuestra frente llevamos el sello de la desgracia, impreso por la mano del ángel del dolor; no los hijos del olvido y del infortunio. Para éstos estaban lejos los arrullos de la santa y consoladora Caridad; éstos vivían como hasta ahora, excluidos de ser iluminados por la clarísima antorcha de la ilustración y del sa-

ber. Abandonados nosotros á nuestro propio esfuerzo, hemos hecho todo lo posible para salir de entre las sombras de la ignorancia y aspirar nosotros mismos al perfeccionamiento, con reglas científicas del arte que hemos abrazado, en virtud de haber carecido de un profesor que llenara nuestras aspiraciones en el sentido deseado.

En medio de encontradas ideas, se ha fijado mi imaginación en un punto. ¿Por qué al implantar García Moreno el Protectorado Católico en la Capital de la República, descuidó de hacer venir un maestro de tan importante profesión como la nuestra, y que estuviese adornado de virtudes como las que distinguían á los demás?

Una prueba más de desgracia ó de gloria para el Gremio de Sastrería. Todas estas ideas han bullido en mi cerebro durante la serie de años que llevo de ascender la escarpada pendiente de la vida, llevando sobre mis hombros el duro y rutinario trabajo de sastrería.

He aquí, Señores, la idea permanente que he halagado hasta esforzarme á buscar los medios de ilustrar mi predilecta profesión. Samuel Smiles en su libro "El Propio Esfuerzo" con razón se expresa en estos términos: "Ayúdate que Dios te ayudará. Es máxima de valor, comprobada, que en los estrechos límites de un cuadro, encierra los resultados de una vasta experiencia. El espíritu de espontaneidad individual, es la fuente de todo desarrollo normal en el individuo; cuando se manifiesta en un gran número de personas, constituye el verdadero fundamento de la fuerza y vigor nacional".

Si los gobiernos pasados hubieran sido más filantrópicos en ayudar á mejorar á la clase obrera, habrían tenido fundamento de fuerza; en una palabra, vigor nacional. Mas ¿qué hubiera sido de la mayor parte de los artesanos, si ellos no tuvieran el espíritu de espontaneidad personal de donde han podido ob-

tener un desarrollo, aunque sea imperfecto? El Propio Esfuerzo es el que impera en el laborioso gremio de sastres. La sociedad, muchas veces exigente, si se quiere, sin justicia, le obliga al sastre á presentar vestidos á imitación de los europeos. ¿Por qué exigir la perfección en nosotros? ¿Por qué pretender que nos pongamos de competidores con artesanos científicos, educados é ilustrados en todas las artes y las ciencias, como es notorio á todo un mundo, para alcanzar el perfeccionamiento que cada arte exige? Y, entre nosotros, ¿dónde están las escuelas de artes y oficios para todas las personas en general? ¿dónde los profesores de tamaña magnitud, como aquellos de esos países de Europa, que son dignos de la admiración del mundo? ¡Ah, Señores! es triste ver volar á otras naciones felices, en alas del progreso; sentir el fuego que impulsa y eleva, y tener que ocultarlo en lo más escondido del alma! ¡Ah! ¡Cómo quisiera para tí oh! Patria de mis esperanzas y de mis ilusiones, tantas glorias! Pero ya que no te es dado lo que tanto anhelamos, siquiera recibe el pequeño esfuerzo de tus hijos, que no han necesitado hasta hoy de la cooperación de personas extranjeras para el engrandecimiento y progreso de nuestra profesión.

Por otra parte, las personas que se llaman de alta cuna, ¿no han sido las mismas que han mirado á la clase obrera con desdeñoso fastidio y aun con repugnancia? Sin duda, talvez, muchos de aquellos no recuerdan ó no han fijado su atención en ese monumento colosal de hechos verdaderamente acontecidos en todas las épocas de existencia que el mundo tiene. Preguntad á la historia ¿quiénes han sido esos genios gigantescos y dignos de justa admiración que han salido de la humilde clase obrera? ¿de aquellos que han sido la representación típica de las ciencias y de las artes, y de las bellas y fascinadoras, música y poesía?

Los grandes sabios, los grandes literatos, grandes artistas, los que se han consagrado á la predicación de las verdades más sabias, elevadas y eternas; y los que, por último, fincan su nobleza en la del corazón, jamás han pertenecido á ninguna clase determinada de la jerarquía social. Han brotado indistintamente de todas las clases, de todas las posiciones sociales: del taller y de la granja; de la modesta cabaña, como también del rico y suntuoso palacio. Algunos de los grandes apóstoles de la Divinidad, han salido de las clases más humildes del pueblo.

La historia llena está de estos ilustres hombres tales como Copérnico, hijo de un panadero polaco; Kepler, hijo de un tabernero; el abate Honfenil, hijo también de un panadero de Orleans; Shaskespeare, que también nació bajo humilde condición social, pues su padre era carnicero, Juau Bautista Rousseau y Molière, Hiblyay, cantero en París y poeta; Gonzalle, zapatero poeta; Cristóbal Colón, hijo de un cardador de lana en Génova; y, si queréis no ir muy lejos, en la República modelo, tenemos al gran Johonson.

Entre los Papas contamos á Gregorio VII, que fué hijo de un carpintero. Sixto V, de un pastor, y Adriano VI, de un pobre gondolero, quien fué demasiado indigente para proporcionarse alumbrado en su casa. Adriano estudiaba sus lecciones al favor de la luz de los reverberos que iluminaban las calles y los pórticos de los templos; lo que prueba una admirable paciencia y un incomparable ardor por el trabajo, seguro presagio de su posterior grandeza. Por último, el cancionero Jazmín Béranger, fué educado por su abuelo, pobre sastre. Béranger no se avergüenza de su origen, y en una de sus canciones cantaba orgulloso: "¡Soy plebeyo y muy plebeyo...!"

Aquí tenéis, Señores, también un hijo del pueblo, aunque desnudo de todo mérito, pero resuelto á hacer el bien á sus semejantes y á su Patria; no ha

vacilado en medio alguno para ello mediante su constante y asiduo trabajo.

Mi pobre inteligencia se ofusca, se anonada, cuando pienso en la belleza del taller. Allí, en el templo del trabajo, se goza de sanos deleites, y el cansancio que él proporciona, es bálsamo que vigoriza al fatigado obrero.

¡Qué meritorio es ante Dios y la Sociedad el trabajo honrado! trabajo que con sudor y, muchas veces, con lágrimas, llena las exigencias y aún labra el oscuro porvenir de la humanidad desvalida; hasta las lágrimas se enjugan con la satisfacción de llenar las necesidades que impone el hogar doméstico.

Dulce pan el que se come con el sudor de la frente; fruto bendito de la maldición de Dios. Trabajo que ennoblece al hombre, proporciona albergue á los autores de la existencia, cansados ya de cumplir con la triste peregrinación en el desierto de la vida; el trabajo nos facilita medios para la educación de nuestros queridos hijos, sonrosadas nubes de esperanza para el porvenir de nuestra desgraciada Patria.

Que halagüeño es, cuando el día ha declinado ya y la oración de la tarde le anuncia el descanso al obrero, dejar contento y satisfecho las herramientas, convencido de haber cumplido su sagrada misión! Sus hijos, esas cadenas de flores, lazos del Edén, le salen á su encuentro con señaladas demostraciones de inocente amor filial y cariñosa algazara; su esposa fiel, con mano benigna y complacida, le brinda el sazonado sustento. Así es feliz la vida del honrado artesano; de esta manera recibe el premio de su diaria labor y la paz en el corazón, por un bien cumplido.

Señores, grato el corazón, siente dilatarse contento, agitado por dulces emociones. Nunca creí que mi idea se hubiera realizado. Cuántas veces desmayé desconfiando, como es natural, de mi incapacidad é impotencia. ¿Cómo alucinarme que saldría airoso

de mi casi imprudente empresa? Justos motivos se han presentado ante mi vista, y, cual fantasmas de terror, me amenazaban. ¿Dónde en mí existía ni existe ilustración capaz de que pudiera lanzarme ante un público cuyo juicio es inflexible? Pobres y limitados han sido mis conocimientos en cuanto á facilitarme los medios para escribir y dar á luz un libro como el que me he propuesto trabajar.

Después de la mediana y casi incompleta escuela que yo obtuve, faltó y muy escaso de recursos y útiles para el buen aprendizaje y perfeccionamiento de mi educación primaria, tuve, á consecuencia de esta escasez, que ingresar en un taller de sastrería, para, por este medio, proporcionarme el necesario sustento para los días de mi acibarada existencia. Desde entonces, con la santa envidia de la ilustración, que proporciona los recursos, se ahogaba mi corazón en medio del rudo aprendizaje de antaño, y seguía la rutinaria senda que la mano de la orfandad y la miseria me trazaron. Lento el aprovechamiento conseguido por mi constante labor y sujeto á esa vieja escuela, buscaba en mi cerebro un medio para poderme titular sastre; mas en vano me devanaba los sesos. En mi delirante deseo de aprender mi profesión, siempre mi pecho abrigaba una esperanza y me dije: á fuerza de constancia y estudio, algún día llegaré, si no á la perfección, al menos á dar los primeros pasos hacia el adelanto.

Sí, Señores, gratos recuerdos han dejado también en mi alma la orfandad y la pobreza; éstas me han formado y á ellas debo el estado más ó menos satisfactorio en que me encuentro, pues éllas han sido mi liceo; ellas las aulas y los talleres en donde he podido alcanzar á comprender lo poco ó nada que conozco y lo mucho que al hombre dedicado á esta importante profesión, le es obligatorio saber, para su completa perfección. Por ellas me forjé la idea de fundar una clase teórico-práctica para el Gremio que hemos

adoptado, con reglas y doctrinas exactas, cuyos resultados, Dios mediante, serán satisfactorios.

Así, Señores, la semilla es de hoy, el árbol será de mañana; pero éstas que parecen glorias del presente, no son sino esperanzas del porvenir. Nosotros tallamos el mármol, pero el monumento será gala de las nuevas generaciones. Hoy formamos un acorde de las inteligencias y de los corazones en la unidad de la verdad y la justicia; para que mañana goce la edad futura del magnífico concierto de las ideas, de la armonía, de los principios, de la perfectísima consonancia del orden y de la libertad; de la autoridad y de la razón; de la ciencia y la fe; del capital y el trabajo; de la conservación y el progreso; de la humanidad y la justicia; de la filantropía y la gloria, todo formado al compás uniforme de la igualdad y fraternidad humanas, el más maravilloso conjunto social, de donde resultará la poderosa unidad nacional, grande, feliz y respetada.

Eso significa la educación que se ha propuesto dar á la clase obrera de este Gremio, y de cuantos los representantes de otro pudieran hacerlo. En esa obra inmensa trabajarán afanosamente los profesores de los distintos ramos que se pretende enseñar, según el programa que oportunamente se pondrá de manifiesto.

Os felicito, Señores profesores de artes, arquitectos del porvenir, varones de la industria, de las artes, y la civilización, vosotros vais á la cabeza en la espléndida procesión del progreso nacional, abriendo todos los caminos; disipando todas las tinieblas; cerrando todos los abismos y llevando en alto la antorcha de la luz intelectual y del trabajo. Las generaciones que comienzan divisarán, desde la aurora de la vida, los anchísimos horizontes del trabajo; de la verdad, donde está la virtud cercada de luz, la libertad como en su trono; el derecho como norte; el trabajo como providencia, sencillo y seductor; y Dios

en medio del cuadro, como astro rey, iluminando todo con brillantísima luz de mil colores que irradia de su seno inmortal.

Yo os saludo á nombre del pueblo, y ciño sobre vuestras frentes la corona del verdadero reconocimiento, en virtud de ser profesores nacionales, cuyos conocimientos son debidos exclusivamente al propio esfuerzo.

Enseñad á cuantos se dediquen, para que sean buenos y laboriosos artesanos, perfectos ciudadanos y, sobre todo, para que sea posible y práctica la República.

Señores, jóvenes y niños, que levantáis erguida la frente, iluminada de un santo y noble entusiasmo de que os educaréis en el nuevo plantel que se os prepara, no desmayéis cuando parezca cansaros el aprendizaje; buen ánimo y adelante, ¡adelante artesano, con firmeza de carácter! ¡adelante, esperanza de la Patria! adelante!!

Jóvenes de la alta sociedad, honrad nuestros talleres con vuestra asistencia; tomad las herramientas en vuestras delicadas manos, y se os aumentarán vuestros caudales. Imitad, Señores, á los grandes reyes de Francia y otras potencias, que no han creído completa la educación de sus hijos, mientras no hayan aprendido un arte, un oficio; y esos delicados y nobles príncipes, tenían grata satisfacción de sujetarse á la fragua, al yunque, á la sierra y á las reglas, tijeras y mesa del sastre, sin que por esto perdieran nada de su dignidad ni tampoco de su belleza.

Ahora bien, honorables Señores é ilustres artesanos que nos habéis honrado con vuestra presencia en esta gloriosa apertura; á vosotros toca seguir difundiendo las ideas regeneradoras, de ayudar en lo posible para el fomento y buen adelanto de esta generación, que nos va empujando á la eternidad; porque el hombre, por grande que sea, no es más que un punto situado entre la nada y la existencia; para

que celebrando las glorias de nuestra Patria y el triunfo de nuestra profesión, levanten su carácter y la encaminen á los altos destinos á que está llamada.

Aceptad, pues, Señores el lenguaje y sencillez de las frases de agradecimiento que os dirijo por la merced singularísima que acabáis de hacernos, solemnizando con vuestra presencia este memorable acto. La Patria os agradecerá; porque ella, como bien lo sabéis, es un árbol que se rejuvenece con la savia de las generaciones nacientes: con nosotros termina la generación pasada que se hunde en ese abismo incógnito que se llama eternidad.

Concluyo, Señores: hay momentos en que, agrupándose los sentimientos en el pecho y las ideas en el cerebro, queda como avasallado el imperio de la palabra; dejemos, pues, que más bien estalle el sentimiento. Mas no busquéis en mis pobres y entrecortadas palabras la expresión de los afectos que he venido á representar; buscadlo en el elevado pensamiento que os ha reunido aquí. Mi palabra tiene el mérito de su palidez, porque no despierta los celos de la emulación ni las iras de la envidia: mi argumentación tiene el mérito de su futilidad; porque no alarma al adversario ni sobresalta las convicciones combatidas. Confiado, pues, el contrario; tranquila la emulación; satisfecha la envidia; benévolo y generoso el amigo, como siempre, y hasta complacido el enemigo, si lo hubiere en mi derredor; ya me veréis descender de este lugar con el agrado de todos y beneplácito universal. Acaso sólo se verá desprenderse de mi especie de discurso, uno como vapor tenue y transparente, cierta exhalación de amor patrio que constituye toda su inspiración, y esto no le hace daño á nadie; tiene el perdón de todos los enconos, por inocente, y también por desvalido. Como he dicho ya, sólo yo quedo sobrecogido de temor ante el escenario que descuella majestuoso ante mi vista. Vuelvo á decir, Señores; no busquéis nada de gran-

de en mis humildes pensamientos; buscadlo exclusivamente en el noble entusiasmo de todo el auditorio que nos honra y que tan liberalmente ha asistido y cooperado á la solemnización de la apertura de este nuevo plantel de educación artística; fecha memorable y gloriosa para las artes, para la posteridad, para mis comprofesores, para los educandos, y muy en especial, para mi dulce y cara Patria, y, por último, para el que bien os aprecia.

He dicho.

Manuel Chiriboga Alvar.

Quito, Agosto 15 de 1897.





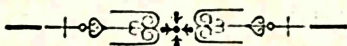
DISCURSO

LEIDO POR

EL SR. D. QUINTILIANO SANCHEZ

EN LA

INAUGURACION DE "LA ESCUELA DE SASTRERIA"



Señores :

“El hombre es naturalmente perezoso y holgazán, y jamás trabaja sino aguijoneado por la necesidad, y, cuando puede vivir sin trabajar, no trabaja para vivir”, ha dicho un filósofo del siglo pasado. El siglo actual, grande época de asombrosos descubrimientos, de movimiento y vida, de animación y entusiasmo, ha traído á menos las aseveraciones de aquel pensador. Por dondequiera el trabajo, en múltiples formas, se ostenta como el titán de cien brazos, tan celebrado por los poetas de la antigua Grecia. Hoy, el que

no trabaja, no vive; el holgazán y el perezoso son plantas parásitas y exóticas, que no hallan ya árboles ni arrimo que las sustenten. El espíritu de las magnas empresas menosprecia el ocio, como el águila al lento cuadrúpedo que se arrastra sobre la tierra; el trabajo agigantado, lleno de inspiración y lozanía, levanta los ánimos, y dignifica y sublima á los hombres. La ley del trabajar se cumple no sólo con resignación sino con placer, con empeño y ahinco, muchas veces prodigiosos, y en ocasiones llevados hasta la abnegación y el sacrificio.

En esta como fiebre ó delirio de vivir mucho en poco tiempo, en este precoz desenvolvimiento de las inteligencias, grandes y pequeños, ricos y pobres, todos han contribuído á la grandeza del siglo que agoniza y se rinde á la postre, como vigoroso atleta después de lucha prolongada. Todos piensan en instruírse y alcanzar la alta alcurnia de la sabiduría y el trabajo, todos se dejan acariciar de las auras halagadoras de la inmortalidad, y se complacen en duplicar sus fuerzas por medio de asociaciones estudiosas, donde la ciencia y la amistad, el trabajo y las gratas confidencias se dan el ósculo de paz y benevolencia.

Nosotros también, pobres ecuatorianos, dígame lo que quiera en contrario, no les vamos en zaga á las demás naciones en esto de progresar. Nos reunimos en sociedades literarias, formamos agrupaciones artísticas, nos estimulamos mutuamente y buscamos sabios que nos enseñen; y ésto en medio de las revueltas políticas, y á pesar de las tormentas revolucionarias, tan frecuentes en este país, como las lluvias en nuestros valles, como la nieve en las cimas de nuestros Andes. Aves espantadas al fragor del trueno, nos alejamos algunos á buscar abrigo, en donde halle tranquilidad el genio, reposo el atribulado, con-

tento el triste, ocupación, el estudioso y honestos regocijos, la amistad. Las asociaciones literarias ó artísticas son los centros pacíficos para los hijos del trabajo, son la tabla del naufragio en medio del desasosegado mar de la malhadada política. En esos como apartados santuarios y escondidos jardines habita la unión, y en sus lindes están de custodios invisibles los ángeles de las hermosas esperanzas. Allá no penetran odios ni venganzas; allá sólo tienen entrada franca la fraternidad y el trabajo.

Señores, si las ciencias enaltecen al sabio, si las artes liberales deleitan con su belleza y granjean al artista, admiración y renombre, también las artes mecánicas reclaman para sí la gloria de la modestia y la utilidad, y nos convidan con sus innegables ventajas, y nos atraen con serena placidez. Son Marta que se anda por ahí en los quehaceres de la casa, preparando alimento, comodidades y solaz para el Divino Sabio, que necesita descanso, para el Sublime Artista que busca esparcimiento para el ánimo fatigado y el corazón padecido.

Y no creáis que las artes mecánicas se estén tan silenciosas en su agradable opacidad, sin que también, por modestas, no tengan consorcio y simpatía con las ciencias. Muchas de estas artes se engalanan con los conocimientos científicos y se aprovechan de ellos para conseguir la perfección de sus obras. Así la hermosa y entretenida carpintería, arte que profesó en la tierra el mismo Dios, llama en su auxilio á la Geometría y otras ciencias; así la útil sastrería tiene maridaje con las Matemáticas, y hasta se hombrea con la anatomía, y armoniza con el arte liberal de la pintura.

Sastrería dije, Señores, y la llamé útil, debiendo apellidarla necesaria, indispensable, esen-

cial y la primitiva entre las artes. Yo considero la sastrería como arte tan antigua como el mundo, y, al primer hombre, como al primer sastre, que adereza su vestido y cose las hojas de la higuera para encubrir la desnudez que quedó patente á causa de la culpa. La sastrería es la primera arte que enseñó un ángel en el mismo paraíso, cuando trazó, cortó y formó la túnica de pieles y vistió con élla á nuestros primeros padres. Fué el primer velo que el pudor y la modestia tendieron sobre la humanidad avergonzada. Esta arte, embellecida después por el ornato, y á veces hasta encarecida por la vanidad y la soberbia, hoy, por la variedad de sus formas y la belleza del trazado, ha conseguido casi ya la perfección, y se ha hecho digna de estudio y alabanza. Ella se encarga de disimular la fealdad ó de hacer campear más la gallardía natural de una persona; élla se acomoda á la pobreza, sin desdeñar el paño burdo y la tela ordinaria, tan bien como se aviene con la exquisita seda y el rozagante raso, y así viste al humilde hijo de San Francisco como al garzón delicado y vanidoso.

Ved, por qué el modesto joven sastre MANUEL CHIRIBOGA ALVEAR se ha hecho meritísimo, y acreedor á nuestros elogios y digno de los estímulos de los buenos ciudadanos. El ha comprendido la importancia de su arte y se ha dedicado á estudiarla con provecho; él es el primero, en el Ecuador, que hermana y enlaza la aguja con la pluma, aquélla para sustentar la vida material, ésta para vivir la vida del espíritu. Las dos obras publicadas hasta aquí para el aprendiz de Sastre-ría, á fuerza de sacrificios, penalidades y perseverancia, prueban la inteligencia, laboriosidad y patriotismo del fundador de esta

Escuela de Sastretería

cuya inauguración aplaudimos hoy y celebramos.

Nuestros demás honrados y hábiles artesanos, lejos de envidiar á su hermano en el arte, le emularán noblemente y seguirán su ejemplo ; así todas las artes despertarán á nueva vida, y formaranse nuevas agrupaciones para el estudio y el trabajo.

El mismo Señor Chiriboga Alvear fundó también, hace pocos meses, la sociedad literaria que lleva por título el nombre del inmortal autor de *Cumandá*, mi inolvidable amigo y compañero. Así las dos asociaciones creadas por este joven, se estrechan amigablemente y se unen como Marta y María, como si dijéramos la acción se aúna á la contemplación, el cuerpo robusto á la mente sana, y Marta y María juntas se posternan á los pies del Dios que galardona el trabajo material y enriquece la inteligencia del estudioso. Así el sastre, deseoso de saber, dará, á los estudios y á la sustanciosa lectura, el tiempo que le deje libre su arte, y muchas veces, en medio del trabajo apacible, en la quietud del taller, al dar la puntada con la aguja, aliviará su labor con el recuerdo de las bellas letras, y con la conversación que ilustra y enseña, amenizará los instantes en que las tijeras corren veloces por entre las dibujadas líneas de la tela.

El artesano ilustrado, en cuanto es dable y compatible con su posición social y la importancia de su arte, hará de su taller un segundo hogar, donde se alberguen la honradez, y el amor al trabajo y al estudio.

El artesano que bendice sus faenas, siempre está con Dios, y jamás cae en la forzada jactancia

de negarle; porque sabe muy bien que Dios impuso el trabajo para hacer al hombre más llevadera su existencia. Si, Señores, el verdadero hombre del trabajo nunca es ateo.

Oh! dejadme decir una franqueza, pues la ocasión la hace natural. Envidio de veras la vida del artesano honrado y pacífico, que gana el sustento sin grandes inquietudes y se aduerme dulcemente fatigado por el cotidiano afán de su arte. Creedme que, si fuesen realizables mis deseos, yo cambiaría mis treinta años de estudio con la posesión de una arte útil, con tal de que en élla fuera sobresaliente. Cuán tranquila correría mi ya avanzada existencia, aunque quedara más obscura y desconocida.

Alabemos, por lo mismo, al artesano honrado y estudioso. Si la felicidad es hada fugaz y luminosa que, como sombra, huye de nuestras miradas, sólo puede llamarse feliz, relativamente aquí en la tierra, el que cree serlo y vive contento en medio del trabajo y la quietud. Dejémosle al artesano el sosiego de su taller, y no le inquietemos con aspiraciones á grandezas, con las cuales jamás ha fantaseado, y le veremos feliz para sí y su familia, útil para la sociedad.

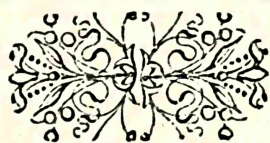
Oh! si también la juventud noble, activa, emprendedora, acudiera á los talleres. Las artes mecánicas se enaltecerían más, cobrarían mayor prez y honor, y no veríamos hombres faltos de trabajo y sobrados de necesidades.

Para nuestra juventud sólo hay dos anchas y muy trilladas sendas: las dos carreras que llaman profesionales, de Jurisprudencia y Medicina; y, como no se descubren nuevos caminos ni se dilatan otros horizontes, por fuerza casi todos se dedican á estas ciencias, y en tanto número, que en lo por venir, habrá en la República más abogados que pleites y más médicos que enfermedades.

A falta de otras profesiones científicas, conságrense algunos á las artes mecánicas, y ennoblézcanlas, y sean los campeones del trabajo y la constancia.

Oh! feliz, Señores, el artesano sobrio, virtuoso, digno, cuyo cuerpo se avigora con el trabajo, cuya alma se alegra con el deber cumplido. Tristes de los que, en largos años de estudio, hemos debilitado la salud, sin lograr fortuna para los últimos días de la vida.

Trabajad, modestos artesanos, labraos esa corona de la vida honrada, vosotros, á cuyas puertas casi nunca llega el espectro aterrador de la miseria.





DISCURSO

Leído en la inauguración de la Escuela
de Sastrería, por el Sr. Carlos Eduardo Moncayo,
miembro representante de la "Sociedad
Juan León Mera"

— 2 —

Señores :

Permitid que en esta ocasión solemne os dirija la palabra un desconocido y humilde hijo del pueblo, que impulsado por el deber, si sagrado, oneroso, que le impusiera la voluntad de sus consocios, viene á ofrecer una violeta al héroe de esta fiesta, al insigne artesano que, merced á *propios esfuerzos*, ha logrado levantarse y ceñir su frente con la inmarcesible corona con que se ciñen los varones de la industria, los trabajadores abnegados y los noblemente ambiciosos de la gloria de su Patria.

No hallaréis en mis frases nada de armonioso, nada de grande, fuera del objeto que os ha reunido en este recinto, donde, con vuestra presencia, dais

realce á la clase trabajadora y la impulsáis á que, levantando su mirada al firmamento, no ya cual reptil, sino cual cóndor andino, trasmonte presurosa la escarpada pendiente que conduce al templo de la gloria.

La "Sociedad Juan León Mera", apenas naciente, diminuta y desconocida, no ha querido, tratándose del mejor día de su fundador y Presidente, guardar silencio, y ha elegido al más humilde de sus miembros para que, al magnífico concierto de ideas de los hombres de letras, una su vacilante voz y de, así, una prueba de que, quien tiene amor por la humanidad y procura su desarrollo, no cosechará abrojos sino más bien se conquistará el amor, la gratitud y el imperdurable recuerdo de sus conterráneos. Para expresar estos sentimientos me veis aquí, Señores, obligado á un sacrificio, pisando esta tribuna donde tan sólo á hombres de méritos les es permitido subir; pero vosotros tendréis indulgencia y me dispensaréis, ya que obediencia es la *consigna* que guía mis pasos y la que me ha colocado en este lugar, sin mérito ninguno para ello.

Si las glorias de un miembro de una asociación cualquiera son glorias comunes, nada más justo, Señores, que los de la "Sociedad Juan León Mera" hagan suya esta festividad y que en su nombre, os den las gracias, porque con vuestra asistencia habéis probado claramente, que pasaron ya las preocupaciones que tenían como enervado y amilanado el ánimo del hijo del pueblo. Sin estímulo para seguir la ruta comenzada, sin aliento en los momentos de decadencia, ha visto ahogarse sus empresas entre la burla sarcástica y la invectiva estólida y mordaz; mas hoy sopla, al parecer, aire más puro, más benéfico, y los esfuerzos del artesano, son aplaudidos y estimulados, con el más poderoso de los estímulos, la

presencia de los Magistrados de la Patria, de los dignos representantes de las Repúblicas nuestras hermanas y de los preclaros literatos de la nuestra.

El estímulo, la voz de aliento, he ahí, Señores, las palancas poderosas que han levantado á los pueblos y los han impulsado hacia el verdadero progreso; el estímulo, la voz de aliento, he ahí las *Sibilas* que anuncian el porvenir á las naciones y las guían felices hacia el alcázar de la inmortalidad; el estímulo, la voz de aliento son atractivo poderoso, las barquillas milagrosas que sacan flotantes, del naufragio aterrador de la ignorancia, á centenares de inteligencias que, más tarde, serán la honra de la sociedad, el alivio de sus familias y los centinelas avanzados de los intereses de la República.

Grande misión reciben de la Providencia los favorecidos por Ella con un destello de luz divina. A ellos les toca guiar á los demás por los rectos caminos del deber, del honor y la justicia, y mostrarles, y con el ejemplo enseñarles la senda si difícil, forzosa, para llegar al término de la jornada del trabajo y de la gloria.

Ah! y qué diremos del apoyo preferente que los gobernantes deben prestar á la clase trabajadora? . . . Basta, á mi ver, pensar en lo que hubiera sido la América sin el auxilio de los Reyes de España. Estaría de asiento predilecto de la atonía moral, de la barbarie y de la muerte; y he dicho de la muerte, porque pueblo que no raciocina y piensa, es pueblo que no vive y tiene adormecidas las aspiraciones que dignifican y engrandecen. Por lo mismo, gobernante que no presta este apoyo á la clase en quien están vinculadas las esperanzas de la Patria, es gobernante inerte y ni siquiera merece llevar el nombre de gobernante de un pueblo.

Cuán hermoso es, Señores, contemplar á unas naciones felices colocadas ya como en el pínáculo de su engrandecimiento, sondeando, con sus sabios, los arcanos de la naturaleza y revelando al mundo nuevos descubrimientos y prodigios; mientras otras permanecen estacionarias, no tanto por sus pocos años de existencia política, no por la falta de aptitudes, sino por la de estímulo, por la de apoyo.

Por eso hoy la clase trabajadora debe vestir de gala y entusiasmada desbordarse en aplausos, ya que este día es como el festejo de su exaltación y progreso.—Ahí tenéis, Señores sastres, instrumentos que os facilitarán el trabajo y os harán economizar el tiempo que, según la fórmula de la gran República, es oro de subidísimos quilates. Ahí tenéis, “El Medidor Rápido”, invento de un modesto ecuatoriano, invento que, reemplazando la cinta métrica, os hará en verdad rápidas vuestras labores. Ved los libros que os enseñarán á despreciar la rutina y dándoos instrucción científica, os harán artesanos instruídos.

Y á vos, pleclaro artesano, abnegado patriota, quédeos la satisfacción del deber cumplido; no esperéis la recompensa de vuestros afanes y desvelos, ya que habéis trabajado por vuestra genial inclinación de hacer el bien y en esto ponéis vuestra gloria, aunque la gratitud, flor bastante rara, no venga á orlar vuestra frente.

Si la envidia y la emulación os salen al paso, despreciadlas y, con carácter de espartano, seguid adelante, teniendo presente que, “por mucho que nos admire el que algunos se levanten sobre los demás hombres en alas de la inteligencia, el deseo de alcanzarla no basta para que sea con nosotros tan valioso dón. En esto, las pujantes fuerzas del estímulo picado por el amor propio, se estrellan contra lo imposible. En vano la débil espa-

daña disputará la cumbre á la palmera, y el tardo buey hará muy mal en irse á la meta con el gamo. Llovidos bajan del cielo ciertos dones, cual llovió en el desierto alimento para .Israel. Y si la inteligencia aparece reforzada por las virtudes y el saber, el que las posee obliga, no ya á la admiración estéril, más aún al respeto, al amor, á la veneración misma de los hombres y los pueblos”.

He dicho.





LA CONSTANCIA EN EL TRABAJO

ODA

LEÍDA POR EL AUTOR, EN LA UNIVERSIDAD
DE QUITO,
CON MOTIVO DE LA INAUGURACIÓN SOLEMNE
DE LA ESCUELA DE SASTRERÍA



SI DE mi humilde lira el bronco acento
Adormecer á la maldad pudiera,
Yo, yo calmara el viento
De la discordia que sañuda impera ;
Y el hombre, entonces, ante mí viniera.

A escucharme viniera ; y yo, inspirado
Y sostenido por afecto inmoble,
Cantara en selva y prado ;
Y ablandaría el corazón de roble
A la constancia en el intento noble.

Sí, cantarí, en tono que despierte
Al universo en una y otra parte,
Glorias del hombre fuerte

Que, con el cetro del saber y el arte,
Del trabajo defiende el estandarte.

¡ Y si me oyeran . . . ¡ ah ! cuántas naciones
Que viven arrastrándose y porfían
En matar altos dones,
Y cuántas que del Cielo desconfían,
Honradas y felices no serían !

Y el Ecuador también, la ninfa amada
Que entre palmeras suspendió mi cuna,
Servida y encumbrada
Pudiera estar, por mágica fortuna,
Sobre el cerco del sol y de la luna.

No falta el numen á mi Patria ardiente,
Joven no bien salida de la infancia :
Fáltale, solamente,
El trabajo que aumenta la abundancia,
Y, en el trabajo, estímulo y constancia.

Atenas, de sus pálidas cenizas
Se yergue más constante, y, gigantea,
Venciendo en roncás lizas,
Ofrece, del trabajo á la alma dea,
El laurel de Micalé y de Platea.

Y en las ondas lúcientes del Cefiso,
Después, la gloria sin cesar se mira ;
Y al cadencioso Iliso,
Que ya va hiriendo de cristal su lira,
Augusto canto el Partenón le inspira.

Aceros invencibles, á sus plantas
Rodar vió Grecia. ¿ Y bajo sus dinteles,
¡ Oh ! cuántas veces, cuántas
El Lacio se mostró, con sus laureles,
A coronar á Homero y Praxiteles ?

Quieren, del Po las águilas guerrerras,
Abatir en regiones apartadas
Criminales banderas
Y luchan ; pero tornan rechazadas
Y heridas ; mas con brío y esforzadas ;

Pues sólo el mal con miedo retrocede,
Y se derrumba en despreciable ruina.
Cuando del bien procede,
La constancia es virtud, virtud divina ;
Y la virtud, al fin, vence y domina.

Roma triunfó. El etrusco, el bravo etolio
El universo mismo, reverente,
Acudió al Capitolio :
Y es que la tierra no ha brotado gente
Que no doblara ante el saber la frente.

Y circuló por una y otra arteria,
Con rápido fluir, siempre fecundo,
La raza de la Hesperia ; (1)
Y el orbe apareció bello y jocundo,
Pues era Roma el corazón del mundo.

(1) El nombre de Hesperia corresponde, originariamente, á los pueblos que viven sobre las riberas occidentales del Adriático y el mar Jonio. Aunado el tiempo, los romanos, instruidos por los griegos, llamaron también Hesperia á toda la región Ibera.

¡ Oh trabajo divino ! tú aproximas
La verdad á los hombres, y con celo
Les buscas y sublimas !
¡ Oh Constancia feliz ! con tu desvelo,
Cómo trasformas en edén el suelo !

Por élla, sí, la fiorentina musa
Las alas sacudió. Desde el Tirreno,
Bañada en luz profusa,
De los astros voló al purpúreo seno,
Allá, sobre ese azul, azul sereno.

Y por élla el buril y la paleta,
Y el cincel de Ghiberti soberano
Que el flamenco respeta,
Unidos, alza con potente mano,
Sobre el Alpe ligur, el Vaticano.

Como estrella que alumbra y que se apaga,
Ha de lucir hasta el postrero día,
Encantadora y vaga,
La lumbre de la trémula armonía
Que en el cerebro de Bellini ardía.

¡ Y el Ligurino, el inmortal creyente,
No puso ante Isabel ¡ cuán grande hazaña !
Un regio continente
Que con oro purísimo se baña,
Y pesa más que la anchurosa España ?

Los pueblos que generan en la playa
Del Gangético golfo y escondidos
Al pie del Himalaya,

¿ No estuvieran en polvo convertidos
Y en la nada sus hechos confundidos ?

También de los pomposos faraones
Ya la memoria fenecido hubiera.

¿ Quién, de aquesos varones,
Altos prodigios relatar pudiera ?
¿ Quién, al menos sus nombres, conociera ?

¿ Mas no muere el trabajo vigoroso !
¿ Cuándo, sino, veremos que sucumba
De Memfis el coloso ?
Por más que allí la destrucción retumba,
Él vela firme de África en la tumba.

¿ Quién, de Lawrence (1) la rueda, á giro eterno
Arroja, y del cansancio la desliga ?
¿ Quién mantiene el infierno
De la fragua que, en Worcester, fatiga.
Al duro hierro y á ceder le obliga ?

¿ Quién lanza al ponto el árbol corpulento
Del raudo Michigán, y quién tritura
El metal opulento
Y en la copela ignífera le apura ?
¿ Sólo el trabajo, en sin igual locura !

¿ Por quién, el pueblo que dormía oculto
En torno al Erie, su poder desata,
Y en medio del tumulto

(1) Pronúnciese LÁUBENS, á fin de no estropear los fueros del idioma inglés.

De naciones descuella, se arrebatá,
Y del bóreas al austro se dilata?

¿A quién da el suelo su astro esplendoroso,
Y quién de ese astro acrece la pureza,
Con trabajo ingenioso,
Hasta que en élla el iris, con viveza,
Retrate de los reyes la grandeza?

Sólo el continuo afán, él sólo puede
Dar robustez al tremulento brazo;
Y Natura concede
Los tesoros que abriga en su regazo,
Sólo á quien rompe de la inercia el lazo.

¿Y la desidia se mostró cargada
Con riquezas del Ganges y el Pactolo,
O, la mano pesada
Tendiendo al lino, del feroz Eolo
Supo triunfar para avanzarse al polo?

¿La inconstancia será quien los pulmones
Vigorizó á la furia ponderosa
Que, cual los aquilones,
Cruza barrancas y la selva hojosa,
Páramo y plano en plétora espantosa?

¿Quién, al flúido aquel que desazona
Con su estallido al hombre, audaz sujeta,
Amansa y aprisiona,
Y le ordena alumbrar nuestro planeta
Y repetir los cantos del poeta?

¿Qué dioses, en la Arabia calcinante,
Con mano poderosa destrozaron,
 Por bien del mercadante,
El muro que los tiempos afirmaron
Y en su furor dos mares respetaron ?

Obra inconclusa, es casi inútil obra ;
Y empresas no hay, por lo difícil, malas
 Do la Constancia sobra.
Sin élla, el genio no ha ver sus galas,
Ni, aun sobre el nido, le alzarán sus alas.

Todo es tuyo ¡ oh mortal ! Si aquí no cabes,
Sube al espacio do el Olimpo truena,
 Como suben las aves ;
O náda, envuelto en refulgente arena,
Por el fondo del mar, como sirena.

¡ Alimentad las ansias del trabajo !
No alcanzó elogio aquel que, sin prudencia,
 La constancia distrajo ;
Y si al trabajo hizo alguien resistencia,
Cebose en él la criminal violencia.

¡ Surge, oh trabajo ! El anhelar contino
Te dé, por fin, su melindrosa rama ;
 Y si es caer tu síno,
Cáe deshecho por tu propia llama
Y digno del aplauso y de la fama.

Antonio Gómez G.

Quito, Agosto 15 de 1897.



DISCURSO

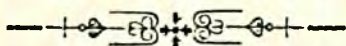
LEIDO POR

EL MINISTRO DE INSTRUCCION PUBLICA

SEÑOR D. BELISARIO ALBAN MESTANZA

EN LA

INAUGURACION DE "LA ESCUELA DE SASTRERIA"



Señores :

La *Escuela* que acaba de inaugurarse en este agosto recinto de la sabiduría, es testimonio elocuente del anhelo de nuestro pueblo por levantarse al nivel de los más ilustrados, merced al generoso impulso de esa fuerza poderosa que llamamos libertad.

El hombre, de suyo propende á su mejoramiento, desde luego que obra siempre impelido por el deseo instintivo de satisfacer sus necesidades: para conseguir su felicidad, ha menester únicamente conocer las leyes que enseñan la perfección del trabajo y ser libre.

El Ecuador no podía quedarse atrás de los pueblos que avanzan, porque abriga en su seno una porción hermosa de artesanos inteligentes, honrados y laboriosos que va en pos del auxilio de la ciencia, para dar mayor utilidad y belleza á su labor, que se propone el bienestar general, dando cima á sus proyectos bienhechores.

Felicitémonos, Señores, con todo el entusiasmo que el amor patrio comunica, por este acto solemne que honra en alto grado á la República, y presentemos el homenaje de nuestro reconocimiento al inteligente fundador de la *Escuela de Sastrería*, quien, con sus propios esfuerzos, se propone transformar el humilde taller del artesano en oficina suntuosa en donde el arte hermanado con la ciencia cultiven la verdadera ventura de la Patria.





GRATITUD

SEA esta la ocasión de manifestar mi reconocimiento á las dignas personas que han tenido la bondad de honrarme con su presencia, en el día de la inauguración del nuevo plantel de *Sastre-ría*. Como he dicho ya, nunca creí que mi idea se hubiese realizado con tan brillante éxito. El procedimiento de las autoridades, de los científicos, literatos, principales jefes de las demás artes, el gremio de sastres, y más caballeros de la culta Quito, y aún de otras naciones, me ha estimulado una vez más. Las manifestaciones de aprecio, las enhorabuenas que he recibido inmerecidamente, no son otra cosa que, la voz de aliento con que han premiado los débiles esfuerzos de ocho años de constante labor. Por lo mismo, resuelto estoy á hacer cuanto esté al alcance de mis pequeños conocimientos en el arte que profeso, y así, no cejaré en mis propósitos y continua-

ré en mi labor comenzada. Más tarde personas de talento é instrucción perfeccionarán mi obra; no he hecho otra cosa, que comenzar el camino por donde se elevan las naciones, por medio del trabajo, que en verdad es la riqueza de los pueblos.

Señores artesanos, debéis estar convencidos de que en nuestra Patria existen dignas personas que os estimularán. Levantémonos de esa especie de postración en que hemos vivido, busquemos nosotros mismos el engrandecimiento de nuestras artes. Dejemos para la posteridad una estela luminosa que en todos los tiempos recuerde vuestros esfuerzos, basados simplemente en el deseo de hacer el bien á la humanidad y enaltecer á la Patria.

Manuel Chiriboga Alvear.





RESUMEN

DEL PROGRAMA DE ENSEÑANZA DEL PLANTEL DE SASTRERIA

Preliminares, posición del asiento, manejo de la aguja y el dedal, Manipulación de las costuras en general, Anatomía, y divisiones del cuerpo humano, Geometría, sistema de medidas de longitud, y operaciones de número aplicadas, toma de medidas, delineación, corte y confección de los pantalones, idem de los chalecos, Chaquet Americana, Sobretodo, Levita y Frac. Reglas del ensayo, de aplanchado, y teorías de proporcionalidad humana. Historia universal del arte, idem del país. Régimen administrativo del Taller y Estética.